

RAYMOND E. BROWN

**EL EVANGELIO
Y LAS CARTAS DE JUAN**

DESLÉE DE BROUWER

2010

ÍNDICE

Abreviaturas	11
--------------------	----

EL EVANGELIO SEGÚN JUAN

Introducción.....	15
Texto y comentario	35
Prólogo: El himno joánico (Jn 1,1-18)	35
Primera parte: El Libro de los signos (Jn 1,19-12,50)	40
Sección 1. La primera semana de la nueva creación (Jn 1,19-2,12).....	40
Sección 2. La sustitución de las instituciones judías; la reacción frente a Jesús (Jn 2,13-4,54)	50
Sección 3. La sustitución de las fiestas de «los judíos» (Jn 5,1-10,42).....	65
Sección 4. De la muerte a la vida y de la vida a la muerte: Lázaro y la entrada en Jerusalén (Jn 11,1-12,36)	99
Segunda parte: El libro de la gloria (Jn 13,1-20,31)	114
Sección 1. La última cena (Jn 13,1-17,26).....	114
Sección 2. El proceso y la muerte (Jn 18,1-19,42).....	139
Sección 3. Las apariciones del Resucitado en Jerusalén (20,1-31)	154
Epílogo: Las apariciones en Galilea (Jn 21,1-25)	160

EL EVANGELIO Y LAS CARTAS DE JUAN

LAS CARTAS DE JUAN

Introducción.....	169
Primera carta de Juan	
Texto y comentario	177
Prólogo (1 Jn 1,1-4).....	177
Primera parte: Caminar en la luz de Dios (1 Jn 1,5-3,10).....	178
Segunda parte: Caminar como hijos del Dios del amor (1 Jn 3,11-5,12).....	188
Conclusión (1 Jn 5,13-21).....	196
Segunda carta de Juan	
Texto y comentario	199
Tercera carta de Juan	
Texto y comentario	201
Lecturas	205
Lecturas del Evangelio de Juan en el leccionario.....	205
Lecturas de la Primera carta de Juan en el leccionario.....	211
Lecturas de la Segunda carta de Juan en el leccionario.....	212
Lecturas de la Tercera carta de Juan en el leccionario.....	212
Índice general.....	213

ABREVIATURAS

Génesis – Gn	Proverbios – Pr	Mateo – Mt
Éxodo – Ex	Eclesiastés (Qohélet) – Qo	Marcos – Mc
Levítico – Lv	Sabiduría – Sb	Lucas – Lc
Números – Nm	Eclesiástico (Sirácida) – Si	Juan – Jn
Deuteronomio – Dt	Isaías – Is	Hechos de los Apóstoles – Hch
Josué – Jos	Jeremías – Jr	Romanos – Rm
Jueces – Jc	Baruc – Ba	Corintios – 1 Co, 2 Co
Rut – Rt	Ezequiel – Ez	Gálatas – Ga
Samuel – 1 S, 2 S	Daniel – Dn	Efesios – Ef
Reyes – 1 R, 2 R	Oseas – Os	Filipenses – Flp
Crónicas – 1 Cro, 2 Cro	Joel – Jl	Colosenses – Col
Esdras – Esd	Amós – Am	Tesalonicenses – 1 Ts, 2 Ts
Nehemías – Ne	Abdías – Ab	Timoteo – 1 Tm, 2 Tm
Tobías – Tb	Jonás – Jon	Tito – Tt
Judit – Jdt	Miqueas – Mi	Filemón – Flm
Ester – Est	Nahum – Na	Hebreos – Hb
Macabeos – 1 M, 2 M	Habacuc – Ha	Epístola de Santiago – St
Salmos – Sal	Sofonías – So	Epístolas de Pedro – 1 P, 2 P
Cantar de los Cantares – Ct	Ageo – Ag	Epístolas de Juan – 1 Jn, 2 Jn, 3 Jn
Lamentaciones – Lm	Zacarías – Za	Epístola de Judas – Judas
Job – Jb	Malaquías – Ml	Apocalipsis – Ap

EL EVANGELIO Y LAS CARTAS DE JUAN

1QS – «Regla de la Comunidad», de los *Manuscritos del Mar Muerto*

Hen – El libro apócrifo de *Henoc* o *1 Henoc*

Test Jos – *Testamento de José*, uno de los Testamentos apócrifos de los Doce Patriarcas probablemente antes de Cristo

Ant – *Antiquitates Judaicae*, o *Antigüedades de los judíos*, de Flavio Josefo (siglo I d.C.)

DBS – Colección de pronunciamientos dogmáticos de la Iglesia editados por Denzinger-Bannwart-Schönmetzer

EL EVANGELIO SEGÚN JUAN

INTRODUCCIÓN

El texto del cuarto Evangelio

En los últimos años, los estudiosos han realizado una gran cantidad de trabajos científicos con vistas a establecer el texto griego original del Evangelio de Juan. Por lo general, se piensa que el texto mejor es el del código Vaticano. Pero otros dos códigos famosos, el Sinaítico y el Bezae, coinciden a menudo entre sí en lecturas que no se encuentran en el código Vaticano (especialmente en los siete primeros capítulos) y es posible que ofrezcan un texto más original en algunos versículos. Todos estos códigos se remontan a los siglos IV y V. Dos papiros del Evangelio de Juan descubiertos recientemente (Bodmer: P⁶⁶; P⁷⁵) se datan entorno al año 200: el P⁶⁶ presenta semejanzas tanto con el código Vaticano como con los otros dos códigos, el Sinaítico y el Bezae; el P⁷⁵ está muy próximo al código Vaticano.

En algunos versículos puede suceder que el texto original del Evangelio de Juan fuera más conciso que la forma que nos han transmitido los manuscritos griegos. A este respecto, pueden servir de ayuda las citas del cuarto Evangelio en los Padres y en las traducciones antiguas, como la versión siríaca. Se nota una tendencia, por parte de quienes nos transmitieron el texto, a añadir ocasionalmente expresiones explicativas a versículos concisos y a veces oscuros; con el tiempo, estos añadidos fueron incorporados al texto en los mismos manuscritos.

El autor

El Evangelio llama la atención sobre un testigo ocular que se encontraba a los pies de la cruz (19,35). Se trata del discípulo amado de Jesús (19,26). Jn 21,20-24 sostiene que este anónimo discípulo amado da testimonio y «ha escrito estas cosas». San Ireneo (hacia el 180 d.C.) identificó a este discípulo como Juan, que vivió en Éfeso hasta el tiempo de Trajano (hacia el 98 d.C.). (Cuando era un muchacho, Ireneo conoció a Policarpo, obispo de Esmirna, y se piensa que éste había conocido a Juan). Esta identificación del discípulo-evangelista como Juan (hijo de Zebedeo), con la variante menor según la cual él, al escribir el Evangelio, tuvo a su lado ayudantes, gozó de una aceptación casi universal dentro de la Iglesia.

Hoy se admite que tales conjeturas, formuladas en el siglo II d.C., sobre personajes que habían vivido un siglo antes, resultan con frecuencia excesivamente simplificadas, y que la tradición relativa a la paternidad de una obra a veces tenía más interés en afirmar la *autoridad* que se ocultaba detrás de un escrito bíblico que la identidad del verdadero escritor de la obra en cuestión. Como consecuencia, la mayoría de los estudiosos dudan que alguno de los cuatro Evangelios canónicos fuera escrito por un testigo ocular del ministerio público de Jesús, aun cuando (como enseña la Iglesia católica romana) sigue siendo cierto que los Evangelios están sólidamente arraigados en tradiciones orales que proceden de los compañeros de Jesús. El discípulo amado fue uno de éstos; pero el contraste con Pedro (13,23-26; 18,15-16; 20,1-10; 21,20-23) y su aparición en escenas en las que los Evangelios sinópticos no sitúan a ninguno de los Doce (19,26-27) hacen pensar que pudo también no ser un apóstol; de hecho, este término no es utilizado nunca en los escritos joánicos. El papel desempeñado por el discípulo amado fue el de testigo de Jesús y fuente de la tradición que quedó consignada por escrito en el cuarto Evangelio. Este papel similar explicaría determinados factores en el Evangelio (que seguiremos llamando

«Evangelio de Juan» o «Juan», independientemente de la identidad tanto del discípulo amado como del evangelista), en particular los dos siguientes:

(a) *Familiaridad con Palestina*. Juan conoce la ubicación de Betania (11,1.18), el huerto que se encontraba al otro lado del Cedrón, un torrente que fluía sólo en invierno (18,1), el pórtico de Salomón en el Templo (10,23), la piscina de Betesda (5,2), la piscina de Siloé (9,7), y el *Lithostrotos* (19,13). Estos lugares no son mencionados en los otros Evangelios, y en algunos casos la documentación extra-neotestamentaria confirma la exactitud joánica. Otras referencias geográficas joánicas (Betania en 1,28; Ainón en 3,23) no han sido aún identificadas, pero deberíamos ser prudentes al recurrir a interpretaciones de nombres en clave puramente simbólica.

(b) *Familiaridad con las realidades del judaísmo de aquel tiempo*. En el Evangelio de Juan se mencionan las fiestas judías en 5,10; 6,4; 7,2 y 10,22; y los diálogos que siguen a estos pasajes manifiestan un conocimiento de las ceremonias de las fiestas y de la teología de tales celebraciones. Por lo que respecta a las costumbres judías, son mencionadas tanto explícitamente (normas sobre la pureza en 2,6 y 19,28; el cordero pascual en 19,36) como de forma implícita (confección de la túnica del sumo sacerdote en 19,24).

Si bien es verdad que la tradición que subyace en Juan está firmemente arraigada en Palestina, también es cierto que la presentación de esa tradición fue mucho más allá del ministerio de Jesús. En efecto, el mismo evangelista reconoce esto (2,22) y defiende tales desarrollos afirmando que están guiados por el Espíritu Paráclito (16,12-14). Los cristianos han sido expulsados de la sinagoga (9,22): parece que esa política judía contra los *minîm*, o sectarios, se inició a mediados de los años 80, y se diría que conoció una difusión en mayor escala a principios del siglo II. De hecho, algunos cristianos fueron asesinados por los fieles de la sinagoga (16,2). Así pues, «los judíos» constituían un grupo

distinto del de los cristianos, y entre ellos existía una gran aversión. A veces, Jesús habla como un no judío: «está escrito en *vuestra ley*» (10,34); «en su ley» (15,25); «como dije a los judíos» (13,33). A diferencia del Jesús de los Evangelios sinópticos, el Jesús joánico habla explícitamente de su divinidad y de su preexistencia (8,58; 10,30-38; 14,9; 17,5). Es saludado como Dios (20,28); y las controversias fundamentales con los judíos no versan tanto sobre la violación de las normas sabáticas como sobre el hecho de que se declara igual a Dios (5,16-18). Las acciones de Jesús transmitidas por la tradición, como la multiplicación de los panes y la curación del ciego, se convirtieron en argumentos de largas homilias, que contenían reflexiones teológicas y debates según los criterios de la interpretación judía de la Escritura (5,30-47; 6,30-50; 9,26-34). Contrariamente a lo que afirma la tradición sinóptica, algunos grupos de samaritanos habían llegado a creer en Jesús independientemente de los primeros seguidores de éste (4,28-40).

El mejor modo para explicar estos datos parece consistir en plantear la hipótesis según la cual existió una tradición sobre Jesús procedente del discípulo amado, sobre la que se desarrollaron después toda una serie de reflexiones teológicas a lo largo de muchos años, y que después se amplió a la luz de las experiencias vividas por la comunidad joánica. Esta tradición empezó con la aceptación de Jesús como el profeta del fin de los tiempos y como el Mesías destinado a cumplir las expectativas judías (1,40-49), pero las había superado y había realizado «cosas mayores» (1,50). Jesús no es sólo el Hijo del hombre, que *bajará* del cielo al fin de los tiempos; ya ha llegado la hora, y él ha descendido *ya* del cielo. Éste es el secreto de su ministerio: cuanto dice y hace es lo que ha visto cuando estaba junto a Dios, antes de que la Palabra se hiciera carne (5,19; 6,32-35). Si los maestros de Israel habían creído a Moisés, quien declaraba que había tenido contacto con Dios en el Sinaí, y habían repetido lo que él había oído en la cima del monte, Jesús es aquel que no tuvo que subir al cielo, sino que bajó de lo alto,

donde gozaba de la visión de Dios, de modo que quien crea en él no será nunca juzgado (3,10-21). Resulta tentadora la conjetura según la cual fueron los samaritanos quienes dieron vida a esta concepción de Jesús como Hijo del hombre que bajaba del cielo: un personaje como Moisés, pero mayor que él. Sigue siendo significativo el hecho de que los judíos adversarios del Jesús joánico consideraban al mismo Jesús como un samaritano (8,48). El evangelista, que reflexionó sobre la tradición recibida y tejió su meditación teológica en una obra de maestría literaria incomparable (cf. más adelante, p. 29), debió ser, presumiblemente, *un discípulo* del discípulo amado, sobre el cual escribe en tercera persona. El discípulo amado debió experimentar en primera persona, durante su vida, todo el desarrollo histórico de la comunidad (incluida, quizá, la expulsión de la sinagoga), de modo que es posible que hubiera una cierta simbiosis entre él y el Evangelio que transmite tanto su tradición como la experiencia y la reflexión que él compartió.

Los escritos joánicos

También después de la evolución de la tradición joánica a partir del discípulo amado, y de la fijación por escrito del cuerpo del Evangelio por el evangelista (en algún momento después de mediados de los años 80), observamos en el cuarto Evangelio indicios de un ulterior trabajo redaccional. Por ejemplo, hay dos finales de la primera parte, uno en el capítulo 10 y otro en el capítulo 12; y hay dos conclusiones del Evangelio, una en el capítulo 20 y otra en el capítulo 21 (cf. más adelante, pp. 99 y 160). Se diría que varios discursos son recogidos dos veces (cf. más adelante, p. 32). La mayor parte de las intervenciones redaccionales parecen consistir en añadidos (incluso cuando un añadido resulta extraño: véase el discurso de la última cena, pp. 126-127) más que en reformulaciones. Como consecuencia, los estudiosos sostienen que el responsable de estas intervenciones no fue el evangelista (el cual se

habría sentido más libre de retocar su propio trabajo), sino un *redactor*, cuyos añadidos nos dieron la forma final del Evangelio tal como lo conocemos. Presumiblemente, esto sucedió cuando el evangelista no estaba ya presente y después de la muerte del discípulo amado –una deducción sugerida por la preocupación del redactor en 21,23 por negar la tesis según la cual el discípulo no moriría–. El más antiguo fragmento papiroáceo egipcio (Rylands P⁵²) de Juan (18,31-38) está datado hacia los años 135-150. Habida cuenta del tiempo necesario para la copia y la difusión del Evangelio en Egipto, podemos concluir que Juan fue escrito ciertamente antes del año 125. La tradición de Ireneo hablaba del reino de Trajano (98-117) para el Evangelio de Juan. Pero debemos afirmar la existencia de una larga tradición –iniciada con el discípulo amado en el ministerio de Jesús, preservada y transmitida oralmente durante años, desarrollada comunitariamente–, y tal vez también de compilaciones menores en forma escrita (un libro de los signos; véase 20,30), antes de que todo ello fuera incorporado en la composición principal del evangelista (hacia el 90 d.C.) y alcanzara su forma final en las manos del redactor (hacia los años 100-110). El redactor, que escribe después de la violenta división que tuvo lugar en la comunidad joánica, y sobre la cual nos informan las Cartas de Juan (cf. más adelante, pp. 171-174), reconoce la autoridad de Pedro sobre las ovejas de Jesús (Jn 21,15-17). Así, es posible que estuviera más cerca de Diótrefes –criticado en 3 Jn 9-10 por haber ocupado el «primer puesto» en una comunidad eclesial– que del autor de 1 Jn 2,27, que niega la necesidad de maestros.

Relación con los sinópticos

Una comparación entre el cuarto Evangelio y los tres primeros pone de manifiesto diferencias evidentes. Entre las peculiaridades del Evangelio de Juan podemos enumerar: el hecho de que ambienta gran parte

del ministerio público de Jesús en Jerusalén, no en Galilea; la ausencia relevante del motivo del reino de Dios (mencionado sólo en 3,3.5); discursos y diálogos prolongados en vez de las parábolas sinópticas; sólo siete milagros, incluidos los que transmite únicamente el cuarto Evangelio, a saber, la transformación del agua en vino en Caná, la curación del ciego *de nacimiento* y la resurrección de Lázaro.

No obstante, hay también importantes semejanzas con los sinópticos, especialmente al comienzo del ministerio, con Juan el Bautista, y en los relatos finales de la pasión y el sepulcro vacío. En particular, las analogías más marcadas se observan con *Marcos*; por ejemplo, en la secuencia de los acontecimientos tal como aparecen expuestos en Jn 6 y en Mc 6-8; en detalles verbales como «un nardo genuino de gran valor (?)» (Jn 12,3), en los 300 denarios (12,5), en los 200 denarios (6,7). Hay paralelos, más en los motivos que en el vocabulario, con *Lucas*; por ejemplo, en la ausencia de un proceso nocturno ante *Caifás* (Jn 18); las tres afirmaciones de «no culpabilidad» en el proceso que tuvo lugar ante Pilato (Jn 18-19); la pesca milagrosa (Jn 21). Menos numerosas son las semejanzas con *Mateo*; no obstante, compárese Jn 13,16 con Mt 10,24; y Jn 15,18-27 con Mt 10,18-25. Para explicar estas analogías y diferencias, la mejor hipótesis general es que, mientras que los Evangelios sinópticos representan una sola tradición fundamental sobre las acciones de Jesús (Mt y Lc se basan en Mc), a la que se añadió (en Mt y en Lc) una tradición sobre los dichos de Jesús (Q), *Juan se basa en una tradición independiente y distinta (o en tradiciones independientes y distintas) sobre las acciones y los dichos de Jesús*. Aun cuando ocasionalmente la tradición joánica y la sinóptica transmiten, de diferentes formas, los mismos hechos o los mismos dichos, nada prueba de manera convincente que el cuarto *evangelista* conociera la forma de los Evangelios sinópticos tal como han llegado hasta nosotros, si bien pudo tener conocimiento de tradiciones incorporadas más tarde en Lc. Es probable que el *redactor* final del cuarto Evangelio conociera Mc.